

Amarás

El cristianismo es la religión de amor, del amor sin límites, del amor hasta el extremo, del amor incluso a los enemigos. No hay cosa igual en el mundo de las religiones. Ni siquiera en el mundo judío, que tiene como ley fundamental el decálogo del Sinaí. En la antigua Alianza, sellada por Dios con nuestros padres, Dios manda al hombre amar: “Amarás a Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser”, pero al mismo tiempo se admite que no se ame a los enemigos. Jesucristo, sin embargo, ha llevado el mandamiento del amor a su pleno cumplimiento. Él ha amado hasta el extremo, ha amado sin medida. Y nos manda amar a nosotros, sus discípulos.

Pero, ¿se puede mandar el amor?, se pregunta Benedicto XVI en su encíclica *Deus caritas*, 16. -Sí, el amor puede ser un imperativo divino, porque Dios nos da la capacidad de amar, haciéndonos parecidos a Él. El mandamiento, por tanto, no es un imperativo externo o coactivo, sino la expresión de una capacidad que Dios ha puesto en nuestro corazón y que, cuando se ejercita, hace al hombre feliz. El hombre está hecho para amar, no puede vivir sin amor, “su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente” (RH 10). Cuando Dios nos manda amar, nos está diciendo cuál es la capacidad del hombre, su vocación más profunda, la meta a la que debe aspirar continuamente.

Este amor tiene un solo origen, Dios, que es amor. Y se bifurca en doble dirección: amor a Dios y amor al prójimo, pero brotando del mismo corazón. Jesucristo revalida en su evangelio los mandamientos de la antigua Alianza, haciendo consistir la Ley entera y los profetas precisamente en el mandamiento del amor, que Él ha llevado a plenitud. Al mandamiento principal y primero, el del amor a Dios, se une el segundo que es semejante a él, el del amor al prójimo. Es imposible amar, como ha amado Jesús, si ese amor no brota de Dios. Y si no amas a tu prójimo a quien ves, es mentira que ames a Dios a quien no ves. La autenticidad del amor a Dios se verifica continuamente en el amor al prójimo en sus múltiples necesidades, espirituales y corporales.

+ *Demetrio Fernández, obispo de Tarazona*
26.10.2008